

**“BENEDICTUS MONTES AMABAT”
HISTORIA DE LA FUNDACION DEL MONASTERIO
DE LA SMA. TRINIDAD DE LAS CONDES, CHILE (II)⁴⁷**

Repercusiones de la muerte de Doña Amalia

D. Pedro Subercaseaux había recibido la noticia de la muerte de su madre de boca del Prior del monasterio, Dom Bouvet, al retomar a Quarr de una salida al pueblo de Cowes para atender confesiones. “En la portería me esperaba Dom Bouvet, escribe D. Pedro en sus ‘Memorias’ y su fisonomía me hizo ver al momento que algo grave había sucedido. En pocas palabras me enteró de lo esencial: mi madre había fallecido en el barco, el 7 de marzo de aquel año de 1930, al llegar a Barcelona. Mi padre, enfermo, se hallaba solo en aquella ciudad y el P. Prior me urgía que fuese a acompañarlo. Sin una palabra me arrodillé a pedirle su bendición y a la mañana siguiente salía rumbo a Londres y de allí a Barcelona”.

La intensidad del amor de don Ramón Subercaseaux por su esposa se manifestaba en la de su luto. “Hallé a mi padre inmovilizado por el dolor”, escribe. D. Pedro y el mismo D. Ramón anota en sus “Memorias de ochenta años”:

“No sé de dónde me vinieron fuerzas al alma en ese terrible momento en que vi expirar, hincado al pie de la cama a esa criatura excepcional, adorada en su hogar, estimada en todas partes y conocida siempre y afamada por sus virtudes, por su don de gentes, por su distinción y hermosa figura y por lo que puedo ya afirmar y divulgar: por su santidad. Ramiro de Maeztu⁴⁸ que iba con nosotros dijo que no había conocido persona más santa ni en Europa ni en América. La serenidad y benevolencia eran sus atributos propios y los conservó claros y definidos hasta el último momento... Me encerré sin decir, pensando en nada, sometido a Dios y diciéndole con fe ingenua: “Tú me la diste, tú me la quitaste, hágase Señor, tu voluntad”⁴⁹.

Estas no eran idealizaciones de un esposo ejemplarmente afecto a su mujer: el eco que despertó en todas partes y en las más diferentes personas la noticia del inesperado deceso de doña Amalia reflejaba la profundidad de la impresión que su personalidad había dejado en este mundo. Entre los primeros cables había llegado uno del Vaticano que rezaba:

“Consulat Chili, Subercaseaux, Barcelona.
Vivement affecté douloureuse nouvelle décès Madame Subercaseaux, Sa Sainteté envoie condoléances paternelles, recommande à Dieu âme pieuse disparue, envoie de coeur bénédiction apostolique gage réconforts divins. Prie agréer mes vives condoléances personnelles. Cardenal Pacelli”.

D. Ramón y su hijo habían dispuesto que el cuerpo embalsamado fuera llevado a Chile, mientras ellos seguían viaje a Roma, a fin de renunciar al puesto de embajador ante el Vaticano y ordenar sus pertenencias. D. Pedro recibió permiso de su superior para acompañar a su padre enfermo en su posterior retomo a Chile. Mientras tanto los restos de doña Amalia habían llegado a Valparaíso y eran trasladados desde allí a Santiago, en cuya catedral se celebraron las más solemnes honras fúnebres. Sólo dos mujeres habían tenido hasta entonces el honor de ser veladas en la nave central de la catedral: doña Magdalena Vicuña, madre de don Ramón y doña Amalia, su esposa. En las exequias, cientos de

⁴⁷ Ver la 1ª Parte en *Cuadernos Monásticos* 42, julio-septiembre 1977.

⁴⁸ Ramiro de Maeztu era embajador de España en la Argentina y se encontraba en el mismo “Giulio Cesare” en que viajaban los esposos Subercaseaux.

⁴⁹ Ramón SUBERCASEAUX, *Memorias de ochenta años*, Santiago, 1936, p. 286.

personas repletaban el templo, desfilaban ante el catafalco para besarlo o tocarlo con rosarios u otros objetos. Más que rezar por el alma de la difunta se sentía el sentimiento de tener que encomendarse a sus oraciones. Gabriela Mistral, que residía por aquellos años en Italia, publicó en memoria de la desaparecida una evocación, que a más de exacta y de magníficamente bien escrita, resucita en nuestro espíritu el ambiente en que se formó el primer benedictino chileno. Nuestra historia quedaría trunca si no la reprodujéramos en toda su extensión:

«Agonizó en alta mar y se nos murió al tocar su barco la costa catalana, doña Amalia Errázuriz, esposa del embajador chileno ante el Vaticano, y chilena en grande.

Su familia venía de formidable sangre fundadora y gobernadora, de vascos legítimos. Podía decirse que dentro de ella se hizo un buen cuarto de la historia de Chile. La gente de aquellos tiempos y la suya en especial, disfrutaba de un destino de mando, pero se ponía a justificarlo a los ojos de todos, es decir, a trabajar el bien común y su propio bien y se entiende así el que Chile aceptase durante siglos su dominación en diversas ramas públicas sin rezongarles ni aborrecerles. Eran señores por aquello de gobernar con desembarazo, en una especie de costumbre; y eso lo tienen contado nuestros textos de las escuelas; pero eran también señores por otras cosas que se saben menos y que yo me aprendí conociendo a una de ellos, a la que estoy recordando.

Como su padre fue en su tiempo don Maximiano, a secas, ella era para Santiago “doña Amalia”, a pesar de lo común del nombre, la doña Amalia inconfundible que tenía la mano puesta en muchas sociedades de caridad y en otras tantas de cultura y que de este modo formaba uno de esos puntos de la red nacional que no se tocan sin conmover a todos en sus intereses como en sus cariños. Yo creo que a toda la chilenidad viva sacudió de sacudón fuerte su desaparecimiento.

Aquella muerte en un barco no debe haberle desagradado mucho más que la vida social; eso que mejor llamaríamos la vida social chiquita y tonta; la otra, la grande, es la vida entre los hombres de todas las clases, la actuación dentro de un gremio, de una fe y de una patria. Esta la amaba ella, escuchadora y gran convividora entre las gentes.

Doña Amalia llenó sus sesenta años más o menos de estas cosas: educar varios hijos –sobrenaturalmente educarlos–; cultivarse a sí misma en la medida que la obligaba su clase y en ella su familia de dirigentes y dar a nuestro catolicismo un sentido social, que es por donde él nos renguea aún, sacando del recitado fácil de rezos a la asistencia material, difícil de cumplir por los de la mano corta y seca. Ella entendía el pesar y el influir en una colectividad como una fuerte exigencia de cultura y, al lado de ella, de virtudes, como un manifestar esa cultura en una muchedumbre de acciones generosas, pero, además, finas. Cuando la llamaban “Doña” y no “señora”, como a las demás, lo que le subrayaban era el señorío en cuanto cosa ella hacía, escritura literaria, o bien público, o conversación o manejo de sociedades. Enemigos, alguno pudo tenerlo, y yo creo que el enemigo la ha debido mentar lo mismo: “Doña Amalia”, con un peso de aceite rico y suave en el nombre.

El señorío es como una luz especial que colorea las cosas, las actividades y los actos, dándole diferencia respecto a esas mismas cosas y esas mismas acciones que se cumplen un poco más allá, por otros, alumbrados de luz distinta. No se dice nada, pues, al decir que escribió, que organizó, y que sabía conversar en un salón o en la casa de la pobre gente. Escribió dentro de ese señorío, en una línea de dignidad consumada, sacándole el cuerpo a cualquier inquina; gobernó aceptando servir y rehusando dominar; dirigió mujeres escuchando pareceres que valían menos que el suyo y prestándoles su nombre que valía el grupo entero; e hizo vida de embajada en una maravilla de equilibrio entre lo mundano y lo cristiano. Su casa era gran casa como la de su hermano Rafael; sus huéspedes, los mejores que puede dar Roma; pero la Embajadora vestía de negro sin llevar duelo, no se consentía una joya sobre ella; la dama no se buscaba una sola preeminencia, buscándose –eso sí– las cargas posibles de pedigüños y necesitados; la conversadora regalaba su atención cristiana a asuntos y personas, escabullendo de aceptar charlas sobre cosa suya. Andaba ya en los terrenos de la religión, en los que el catolicismo se va adentrando en el cristal cristiano absoluto y ya no se tolera la mundanidad grande, y la pequeña se acepta con disgusto y porque hay que aceptarla; estaba ya con el pie en la grada mística del desposeimiento y le dolía tener mucho y recibir honras. Unos años más y su

casa habría tomado muros, amoblados y fisionomía monacales, porque la humildad se le iba trepando al gusto de las escaseces y las durezas del pobrecito de Asís, en el que estaban pegados los ojos.

Jorge Mañach diría, esta vez con razón, que ya no era una mujer sino una categoría, una cifra alta que no hay para qué explicar porque, como la denominación de un cuerpo en química, informa por sí misma totalmente.

Veinte o más años de Europa. Tres vuelcan y descomponen a nuestros sudamericanos, y a ella la dejaron entera en su bondad criolla, que es una bondad “arrebataada” como dicen del pan los campesinos nuestros; en su sencillez, también criolla, que se las arregló para ser elegancia sin volverse banalidad; en su solidez vasco chilena de criatura que afirmaba a los indecisos con sólo mirarlos y hablar un poco.

Mejor aún conversaba que escribía. Se le miraban los ojos dulces al oírla y se le disfrutaba la voz que era su obra maestra natural. Oigo esa voz de ella, ahora mismo diciéndome: “pase, Gabriela”, desde el fondo de una sala, y le sonrío con tristeza a esa voz que no debió romperse nunca, como los ojos que debieron ser eternos. Una suavizaba y los otros limpiaban.

Aseguran que en una línea de descendencia salta una criatura que obedeciendo a la tónica de su gente en su mayor parte, la rompe y la corrige en un punto, y eso en absoluto. Este miembro salvaría a los otros con esa contradicción y su destino sería el de templar una virtud excesiva.

Yo me acordaba de esto cuando la veía. Los Errázuriz, gente de mando, se traían sus durezas, los ángulos secos que deben golpear y la masa sin poros que debe resistir. Doña Amalia nació con destino de templarlos y de permearlos, y tan bien lo hizo que ahora corre su hebra de miel adentro de ese apellido, por vasco terco, y más aún correrá la de su hijo benedictino y tal vez la de sus nietos.

Cristiana abonada de inteligencia, la interesaban con vehemencia las artes religiosas que los fieles de su tiempo han envilecido o dejado de mano con desdén. Sabía como la criatura de sentidos dobles que es la latina, tan gustosa de oír lo grato y de ver lo grato, que el templo pide música digna del recinto y los nichos imágenes removedoras y cada detalle profundidad y fineza. En casa alguna he visto yo selección más preciosa de santos avistores de estancias, esculturas, aguas fuertes y cerámicas religiosas de un gusto a la vez cristiano en grande y refinado.

Nacida en la Umbría o en la Toscana, no habría entendido el franciscanismo con más traspasadura de belleza, ese dúo franciscano de candor y de agudeza, de acendramiento y de calidez. Se había criado, sin embargo, en el arca pétrea del país de Chile, en los costados del dinosaurio que es nuestra montaña; pero viajó, tuvo costas y climas, se encontró el suyo en el Asís o la Perugia, y a ellos volvía como en un voto cada tres años, a agudizarse el alma sobre aquella lima del paisaje y las artesanías de la región y vivía trabajando su alma en las pausas de ausencia, de modo que, al volver, no tenía que rehacerse como nosotros, los descuidados o los perezosos, sino a lo más, que continuarse. Había adoptado una norma interior y exterior: era evidentemente una toscana-umbría a lo Santa Catalina o a lo Santa Clara, tal vez más caída del lado clariso que del catarino, porque desconfiaba de la pasión sin dejar de admirarla en sus ocasiones grandes.

Ausente de mi tierra muchos años. yo ignoro si esta alma que se nos ha acabado tiene reemplazante a su tamaño o si deja en nuestra nacionalidad esa cuarteadura de las murallas patronas que nos inquieta mirar cuando la advertimos.

Es difícil, cuesta mucho hacer un alma dentro de este ángulo de acción mística; cuesta más de lo que creen los hijos del 1789, los optimistas de la revolución francesa, dar a luz una criatura humana de veras, a pesar de la instrucción gratuita y obligatoria, a pesar de los bienestares regalones de la clase media y a pesar de la pérdida por la conservación de las “élites”. Química un poco secreta es la de esos morteros y esas retortas de donde sale de pronto en una raza nueva, fermental, pero algo basta, una Amalia Errázuriz, cuya fórmula nadie sabría dar, aunque pusiera los sumandos más posibles: sangre de la Vasconia, cristianismo agustiniano, equilibrio de facultades, posición social, ascendencia cargada de excitaciones ejemplares y cultura latina mayoritaria»⁵⁰.

⁵⁰ Publicado en “El Universal” de Caracas, en marzo de 1932.

Han pasado casi cincuenta años desde que la gran poetisa chilena trazara este retrato, en su prosa riquísima, aunque a ratos sinuosa, y ninguna de sus líneas parece haberse desdibujado. Más aún: lo que deja caer como de paso a propósito de doña Amalia y de su hijo Pedro, aquello de que “ahora corre su hebra de miel adentro de ese apellido, por vasco terco, Y MÁS AÚN CORRERÁ LA DE SU HIJO BENEDICTINO”, a medio siglo de distancia se revela como profecía pura.

Primer retorno de D. Pedro a Chile y proyecto de la abadía en el cerro San Cristóbal (1930)

La conmoción en torno a la muerte de doña Amalia había hecho crecer en Chile la expectación en torno a su hijo mayor, el famoso pintor de las glorias patrias, convertido hacía diez años en monje benedictino en una nebulosa isla de Inglaterra. “Con gran sorpresa mía, anota D. Pedro en sus Memorias, me hallé con que en todo Santiago parecían soplar vientos de entusiasmo benedictino. Sacerdotes y seminaristas me detenían para preguntarme cuándo se fundaría una abadía en Santiago. Señoras piadosas se arrodillaban ante el primer benedictino que veían para pedirle su bendición”⁵¹. A pesar de que la orden del día del abad de Solesmes había sido “Ninguna fundación en Chile”, en este país se comentaba ingenuamente no sólo la posibilidad de que se realizara, sino que ya se la veía levantarse sobre la cumbre del cerro San Cristóbal, a cuyos pies se extiende la capital. La pródiga fantasía de un Daniel de la Vega, expresaría más tarde –en artículo publicado en la revista argentina PARA TÍ– el anhelo que en aquel año 30 embargaba los corazones de los católicos santiaguinos:

“Este artista infatigable, escribe refiriéndose a D. Pedro, trajo a Chile un proyecto tan hermoso como suyo. Quiso darnos una noble poesía, quiso abrirnos una ventana de espiritualidad, quiso edificar en las alturas solitarias del cerro San Cristóbal una abadía de monjes benedictinos. Todos nos entusiasmos. El monje benedictino nos traería ciencia, arte, pensamiento elevado, un río de la más alta cultura. Esa abadía, recortándose contra el cielo en la cima del San Cristóbal, parecería la frente de la ciudad”.

¿De qué mentes había brotado aquel romántico sueño? Las “Memorias” nos proporcionan una explicación anecdótica que no satisface plenamente al investigador. Según esta versión, el rector de la Universidad Católica de Santiago, Monseñor Carlos Casanueva, le habría sugerido cierto día a D. Pedro que diera en la Universidad una charla sobre la vida benedictina. Ya antes de la hora fijada el aula magna estaba repleta de gente y el conferenciante tuvo que abrirse camino a empujones para llegar al estrado. No era él persona para ofrecer sesudas disquisiciones doctrinales y así optó por narrar, en la forma culta y amena que había aprendido desde su juventud, el pasar de un día en un monasterio desde las vigiliias a la noche. En la euforia de aquel momento, en que un público benevolente y enternecido estaba dispuesto a aceptar todo de aquel hijo predilecto de la sociedad capitalina, D. Pedro, después de haber descrito la oración de Completas y “para no terminar la descripción de manera demasiado prosaica”, agregó un pasaje de su fantasía sobre uno de los monjes que, durmiendo ya toda la comunidad, subía a la terraza envuelto en su cogulla negra, para dedicarse a observar las estrellas, murmurando el salmo octavo: “*Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra*”. ¿Quién habría pensado que precisamente este detalle, más pintoresco que verdadero, sería el que más hondamente impactaría al distinguido auditorio? Mientras se desvanecían los atronadores aplausos finales el rector de la Universidad abrazaba emocionado a D. Pedro y le ofrecía para la fundación el observatorio astronómico de la Universidad situado en la cumbre del cerro San Cristóbal. Luego, como reguero de pólvora, corrió la nueva por Santiago que los benedictinos, como astrónomos que eran, se iban a establecer en el San Cristóbal y edificar una abadía en la cumbre. Parece que el mismo presidente de la república, que lo era en aquel entonces don Carlos Ibáñez del Campo, iba a tomar cartas en el asunto. Ya todo el mundo se imaginaba el cerro coronado por una basílica románica y de pura piedra, con erguidos campanarios, en la que misteriosos monjes cantarían melodiosos conciertos gregorianos, copiarían manuscritos, pintarían imágenes de santos y vigilarían de noche junto al telescopio de la Universidad Católica.

⁵¹ *Memorias*, Santiago, 1962, p. 258.

En sus “Memorias”, D. Pedro se desliga sonriente de todas aquellas fantasías y entusiasmos que estimaba pasajeros y que se cuidaba bien de transmitir a sus superiores, reacios por temperamento a este tipo de motivaciones. Hasta aquí las “Memorias”.

Pero hay pruebas de que en aquella época de 1930 D. Pedro no era tan ajeno a la idea de un monasterio en la cumbre, como el mismo supondría en los años decantados en que escribiría sus últimos recuerdos. En una entrevista que Roxane (Elvira Santa Cruz), le hiciera en 1930 para la revista ZIG-ZAG, la aludida periodista le pregunta:

“¿Ud. abriga el proyecto de una fundación benedictina en Santiago?”. “Casi no es un proyecto – contesta D. Pedro–, sino un deseo que someteré a mis superiores cuando regrese a la abadía. Conversando con algunos compatriotas surgió la idea de fundar en la colina que enfrenta con el observatorio astronómico del cerro San Cristóbal una abadía benedictina. Hay allí una hermosa planicie, casi aislada del resto de la montaña”.

Y concluía la articulista: “Nuestro deseo comulga con el suyo en la idea de levantar una abadía benedictina en la colina de San Cristóbal”.

Si esto fuera poco, también se conservan varios dibujos de D. Pedro que representan un monasterio de altas murallas y campanarios de piedra, una especie de Mont Saint Michel, en la cumbre de un cerro y con el trasfondo de la Cordillera de los Andes como se la ve desde Santiago.

Otros indicios nos revelan que la idea de la abadía en la cumbre capitalina era compartida y quizás promovida activamente por D. Juan Subercaseaux mucho antes de 1930.

En 1928, D. Juan había sido nombrado rector del seminario pontificio de Santiago y como tal había comenzado a edificar una capilla de piedra en el cerro San Cristóbal, a poca distancia de la gigantesca imagen de la Inmaculada que lo corona. En esta capilla D. Juan acostumbraría celebrar la misa dominical en la forma que en aquel entonces se llamaba “litúrgica”, es decir, junto a un altar de piedra separado de la pared, que permitía celebrar “*versus populum*”, con el sacerdote revestido de amplia casulla “gótica”, rodeado de un grupo de fieles que seguía atentamente la misa con ayuda del misal latino-castellano. No es de extrañar que D. Juan concibiera la idea de darle a esta capilla, que domingo tras domingo reuniría a un grupo selecto de amantes del canto gregoriano y de la renovación litúrgica, una mayor irradiación con la ayuda de benedictinos. En este sentido escribía el 18 de noviembre de 1928 –es decir, dos años antes de la muerte de doña Amalia y la consiguiente visita de D. Pedro a Chile– a su padre, a la sazón embajador en el Vaticano, después de describirle la belleza del santuario de la Purísima en el cerro San Cristóbal, del cual era capellán:

“¡Qué sería si hubiese allí una comunidad de religiosos...! Sigo creyendo que son los benedictinos los indicados para la realización de mis proyectos: *BENEDICTUS MONTES AMABAT*. Nadie como ellos podrían apreciar la hermosura incomparable del lugar, que, en bellezas y perspectivas naturales no cede al lugar más atrayente de Europa (no es exageración). Una vez instalados arriba podrían ejercer un ministerio apropiado en la ciudad, especialmente clases en el seminario y en la Universidad Católica; desde luego Monseñor Carlos Casanueva quiere cederles el observatorio astronómico que, como Ud. sabrá, tiene una importancia muy grande entre todos los observatorios del mundo por su situación geográfica, por sus aparatos y por los estudios de fotografías del cielo que en él se están llevando a cabo y que le merece una situación especialísima en los trabajos internacionales. Según me dijo D. Carlos, el Intendente estaría dispuesto a ceder una buena dotación de terrenos en las inmediaciones del Observatorio, que serviría admirablemente para el cultivo, pues son lomajes suaves de excelentes tierras y agua abundante. El terreno ya ha dado buenas pruebas de feracidad. Una consideración muy importante es que la comunidad que llegue al cerro cuenta desde luego con una casita de piedra, de reciente y buena construcción, con una capilla en el pedestal y con la construcción de la nueva capilla de piedra, ya comenzada y que tiene dinero para seguir construyéndose”.

D. Juan cree que los eventuales monjes podrían tener algunas entradas por medio de las limosnas y promesas que los futuros peregrinos depositarían en el santuario. Luego sigue:

“Ud. me dice que los benedictinos se vendrían si se les ofrecen 10 cuadras de terreno⁵² y una casa. Esto equivale a una propiedad de cerca de \$ 200.000 si se la concibe en las inmediaciones de Santiago... La idea, a mi parecer, tiene un grave inconveniente y es que los monjes que en esa forma se establecieran correrían el peligro en que han caído otras comunidades que se han hallado en esas circunstancias: el apego excesivo a la tierra y a sus hortalizas. Es lo que les ha pasado a los benedictinos españoles, que hasta aquí han estado casi totalmente consagrados al cultivo de su finca.⁵³ Naturalmente ni el pueblo ni la sociedad ayudarían a un convento cuyo apostolado no vieran ni comprendieran. Ahora bien, es preciso hacerse cargo de que nuestro ambiente no está aún preparado para apreciar los beneficios de una abadía estilo Solesmes. Creo que el género de vida puramente monástico y de actividad casi exclusivamente intelectual no corresponde a nuestra situación. Es tanta la falta de clero, de confesores, de capellanes, etc., que los católicos y los sacerdotes no harían más que solicitar continuamente a los monjes para servicios apostólicos. Por eso creo más conforme a nuestra situación el espíritu de Saint André de Brujas, que el de Solesmes”.

El que conoce el terreno pedregoso y abrupto del San Cristóbal, que sólo recientemente y no sin ingentes esfuerzos fue plantado de árboles y transformado en paseo público, se admirará de los elogios que D. Juan le prodiga en esta carta y de la feracidad que le atribuye. Con todo, la carta revela ya un cambio de la imagen que D. Juan se hacía de los benedictinos. Ya no piensa, como en su época de seminarista, doce años atrás, en una abadía con gran colegio, pero sigue mostrando una notable incompreensión de la vida contemplativa, del trabajo manual e intelectual de los monjes y de paso también de la actividad de los benedictinos españoles, establecidos ya en Puente Alto y Viña del Mar a partir de 1915-1920.

Otra conclusión se desprende con toda nitidez de la carta que hemos citado: el proyecto de una fundación benedictina en el cerro San Cristóbal, lejos de ser el resultado fortuito de la charla de D. Pedro en la Universidad Católica, era algo largamente meditado y preparado por toda la familia Subercaseaux y en especial por D. Juan, el rector del seminario pontificio.

La primera visita de D. Pedro en Chile significó en todo caso la toma de conciencia precisa de la necesidad de una fundación benedictina en una u otra forma. Por el momento esta toma de conciencia era unilateral, ya que en la casa madre de Solesmes no existía la menor disposición de salir al encuentro de tales anhelos. Por el contrario, D. Pedro recibió un día un escueto cable ordenándole retornar “cuanto antes” a la abadía de Quarr. Con su acostumbrado buen humor D. Pedro declaró a sus consternados amigos que ya habían conversado bastante sobre los valores de la vida monástica y que ahora él iba a demostrarles el funcionamiento práctico de uno de los principales, es decir, de la obediencia. En resumen: D. Pedro se iba, nada concreto se había logrado respecto de la fundación y quedaban en meros proyectos los monjes con o sin observatorio astronómico, con santuario, con tierras u hortalizas. El protagonista de todo este piadoso revuelo sintetizaba en la siguiente forma los sentimientos de su partida de Chile, a fines de 1930:

“La obra estaba ya lanzada. Dios la protegería y la haría prosperar a su debido tiempo. No se me olvidaba por un momento el sabio consejo del P. Prior D. Emilio Bouvet: ‘No trate de adelantarse a lo que Dios disponga; no pierda la ocasión cuando ésta se presente’. Sentía siempre en el fondo de mi alma la seguridad de que mi santa madre, al irse al cielo me había dejado: ‘La fundación benedictina en Chile se hará’”⁵⁴.

Interludio (1930-1935)

⁵² 1 cuadra corresponde a 125 m².

⁵³ Se refiere al priorato de Las Nieves, Puente Alto, fundado por los benedictinos españoles de la congregación sublacense en 1915 y suprimido en 1971.

⁵⁴ *Memorias*, p. 261.

Comenzaron entonces aquellos cinco años de espera renovada sin desfallecimiento, de continuas decepciones y ciega paciencia que D. Pedro en sus Memorias tituló “Interludio”. Se abrió, sin embargo, esta travesía del desierto con un acontecimiento consolador:

“A mi vuelta a Quarr Abbey me encontré con una grata sorpresa: durante mi ausencia había llegado un primer chileno a nuestra isla directamente importado. Llegó un día de sotana y hablando en latín, porque ignoraba el francés y el inglés. Su nombre era Eduardo Lagos Arraño. El mismo, sin duda, nos contará algún día no solamente sus propios motivos que lo impulsaron a llegar hasta este lejano paraje, sino también los acontecimientos que culminarían más tarde en su vuelta a Chile y a Las Condes, lo que hará seguramente con la precisión y claridad que merece un trozo de historia eclesiástica de nuestra patria, pues las presentes líneas no son sino los recuerdos desconocidos de un artista. Sinceros y verídicos, sí, pero de un artista, no de un cronista que es algo muy diferente”⁵⁵.

D. Pedro, pues, ya no sería el único benedictino chileno: calladamente y sin ruido se ponía a su lado el segundo, D. Eduardo Lagos. Este, nacido en 1912 en el pueblo costero de Pichilemu, de la provincia de Colchagua, del cual provenía también el que en 1946 iba a ser el primer cardenal chileno, D. José María Caro, e ingresado al seminario pontificio de Santiago, había sentido nacer en sí el ideal monástico en las clases de canto gregoriano y liturgia que daba el mismo rector del seminario, D. Juan Subercaseaux. Inspirado y apoyado por éste y dejándolo todo, se embarcó para Inglaterra con el fin de iniciar en Quarr su noviciado. Dejaba su tierra natal el 3 de marzo de 1930, cuatro días antes de la muerte de doña Amalia. Cuarenta años más tarde en el mismo día y casi a la misma hora en que en 1930 había subido a bordo, el P. Lagos sería elegido cuarto Prior del monasterio de Las Condes y meses más tarde también primer Presidente de la naciente Pre-Congregación benedictina del Cono Sur. Al llegar a la abadía de Quarr, tropezando con los dos idiomas que se hablaban allí, el francés y el inglés, se encontró con que su compatriota había partido a Chile en el viaje que arriba describimos y comentamos. En esa total soledad, la del idioma y la de los lazos afectivos, el segundo benedictino chileno se iba a sumergir en las brumas inglesas para comenzar su postulante. Sólo en 1943, establecida ya la fundación en Las Condes, retornaría a su patria.

Pero un segundo acontecimiento importante iba a señalar el primer año de aquel Interludio: D. Juan Subercaseaux, después de haber sido por años el principal promotor de los proyectos de fundación monástica en Chile, sintió que había llegado el momento de darle mayor peso a sus ideales, comprometiéndose él mismo en el seguimiento de Cristo según la Regla de S. Benito. Así se lo revela de improviso a su hermano, en carta del 1º de Noviembre de 1931:

“Querido Pedro: Esta vez te tengo que hablar de cosas muy interesantes. Te pido desde luego que no te rías con lo que te voy a decir. Tal vez me vas a desconocer. Pues bien, vamos hablando de la fundación en Chile. He tenido largas conversaciones con Manuel Larraín y nos hemos puesto de acuerdo sobre un nuevo rumbo que podríamos dar a nuestros proyectos. Cada uno de nosotros ha pensado separadamente en lo mismo. después de leer tus cartas sobre la fundación. Hace bastante tiempo que Manuel quiere, o al menos piensa, entrar él mismo con su persona en la fundación, pero nunca le ha halagado la idea de ingresar incondicionalmente en una abadía europea. Él ha pensado siempre que lo práctico y lo posible será repetir aquí el caso de Dom Guéranger, *mutatis mutandis*: fundar lisa y llanamente en Chile contigo, con Lagos y algún pequeño elemento que quisiera aportar la Congregación de Solesmes, todo esto después de cerciorarse que entrarían simultáneamente otros sacerdotes en la fundación y además algunos jóvenes. Pero, lo más importante es esto: parece que yo también los voy a acompañar. Y aquí te tengo que hacer algunas confidencias.

Tú sabes los muchos motivos que hay para sentirme atraído por los benedictinos. Antes que tú abrazaras la religión, cuando estaba yo en tercer año de filosofía, en Roma en 1917, estuve casi resuelto a pasarme de la Gregoriana a Sant’Anselmo y tuve mis cosas bastante adelantadas. Lo que me detuvo fue el rector del colegio quien me aconsejó sirviera por lo menos un tiempo en el

⁵⁵ Memorias, p. 263.

clero secular y resolviera después. Así lo hice y llevo ya diez años de ministerio en Chile, bastante intenso a decir verdad”.

Termina la carta diciendo que Manuel Larraín y él estarían dispuestos a hacer el noviciado en Quarr, pero no a ausentarse para siempre de la patria, la cual requería con urgencia la presencia benedictina. Desde el instante en que D. Juan se decidió también él por dar el salto para convertirse eventualmente en el tercer benedictino chileno después de su hermano Pedro y de D. Eduardo Lagos, sus diligencias en favor de la fundación se enriquecieron con el peso de su compromiso personal y perdieron poco a poco esa connotación romantizante de los años anteriores. Es significativo que en el informe que el 9 de noviembre de aquel mismo año enviara a su hermano Pedro dándole cuenta de los lugares que junto con Manuel Larraín había recorrido en los alrededores de Santiago, con vistas al futuro monasterio, no mencionara ya nunca más el cerro San Cristóbal y su observatorio astronómico. De los lugares que ha visitado refiere lo siguiente:

“1. *Lo Barnechea*, cerca de la Cordillera, ribera Norte del Mapocho: muy pintoresco. Hay una iglesia recién construida, de buen estilo, bastante monástica, no inaugurada aún, con una casa antigua, terminándose de construir, de dos pisos, estilo chalet, capaz para 8 o 10 personas. Habría que aceptar también la parroquia, pero se trata de una pequeña parroquia de campo, sin mucho movimiento. Actualmente el recinto de la iglesia y dependencias es un poco estrecho, pero se puede ampliar bastante⁵⁶.

2. *Apoquindo*. Se trata del convento de los PP. dominicos con iglesia y claustros. todo muy antiguo y en mal estado. Habría que comprarlo y refaccionarlo poco a poco⁵⁷.

3. *Lo Herrera* de don Ricardo Lyon. Es la propiedad que fuimos a ver con D. Ricardo, cuando casi nos llevó a la otra vida con su carrera vertiginosa. La casa y parque que vimos y que nos ofreció para la instalación provisoria son espléndidos, pero parece que están destinados a las salesianas⁵⁸.

Seguiremos recorriendo con Manuel, a ver si se presenta algo satisfactorio. Pero todo depende de las contestaciones que nos vengan de allá. Yo temo que sean demasiado exigentes. No se puede pretender algo completo y hay que comenzar modestamente y conforme a las condiciones del país en donde se piensa comenzar la obra”.

D. Pedro desde Inglaterra no podía alentar mucho a su afanoso hermano, dada la conocida reticencia de los superiores franceses. Sugirió que se intentara interesar desde Chile a alguna otra congregación benedictina, por ejemplo la belga, pero en ese caso él no podría participar en la fundación. Tal solución no podía satisfacer a D. Juan, que el 21 de noviembre vuelve a escribir a su hermano:

“Monseñor Fresno le dijo a Manuel Larraín que le agradaba sobremanera la idea de que yo ingresara a la orden benedictina. Esto me hace pensar bastante. No siento ninguna atracción sensible, por el contrario. Lo que pienso es que hay dos razones que me moverían a abrazar el estado religioso: primero, un medio más seguro de procurar la propia santificación; cierto es que en la vida de sacerdote no falta ningún medio, aún más, se pueden hacer mayores méritos, pero... cuando pasan los años y nos sentimos estacionarios, si no peores. Dado mi modo de ser, creo que me encontraría más seguro en el claustro. Segunda razón, la de contribuir de un modo muy eficaz a la fundación en Chile, la que sería de un beneficio inmenso para nuestra Iglesia”.

Por entonces D. Pedro comenzó a entrar en contacto epistolar con don Ricardo Lyon, un pariente de su esposa Elvira, que había mostrado interés por el proyecto de fundación. De hecho él y su esposa Loreto Cousiño de Lyon iban algún día a posibilitar materialmente el establecimiento del monasterio de Las Condes. Pero en 1931 las cosas aún no estaban maduras.

⁵⁶ Lo Barnechea, pueblo en las afueras de Santiago con una parroquia, dentro de cuyo territorio se encuentra actualmente el monasterio trapense de La Dehesa. La torre de la iglesia parroquial se divisa desde el monasterio de Las Condes.

⁵⁷ Se trata del antiguo convento dominico de San Vicente Ferrer, magníficamente restaurado y sede actualmente de la provincia dominicana de Chile. El monasterio de Las Condes se encuentra en el territorio de la parroquia de S. Vicente Ferrer.

⁵⁸ Lo Herrera, actualmente Tropezón, donde efectivamente tienen un gran colegio de niñas las religiosas salesianas.

El 12 de diciembre de aquel año D. Juan escribía nuevamente a D. Pedro:

“Estamos esperando impacientes y día tras día tus importantes contestaciones. Nos imaginamos que dentro de muy poco las tendremos. A ver si la Navidad nos trae un buen regalo... No hemos dejado de adelantar los asuntos en este último tiempo, aunque piano piano, por no adelantarnos a las instrucciones de Uds. Lo más importante es que hablé con el Sr. Arzobispo sobre los proyectos, aunque creo que ya te lo conté. Aunque él no está en antecedentes para apreciar todo el alcance de la fundación, con todo nos será muy favorable. Se inclina mucho a Apoquindo y dice que deberíamos establecer una especie de colegio o escuela para unos treinta niños muy escogidos, pequeños Mauros y Plácidos, acaso pequeños Tomases de Aquino... no sé si esto será posible”.

En la misma carta le comunica a su hermano que los aspirantes van aumentando, especialmente en el seminario.

El año 1932 verá a la familia Subercaseaux en plena actividad para conseguir la anhelada y tantas veces frustrada fundación: D. Juan desde Chile, D. Pedro desde Inglaterra, Doña Amalia desde el cielo; respecto del padre, D. Ramón, dice la carta del 22 de enero de 1932:

“Papá está entusiasmado con la fundación y dice que quiere pasar sus últimos años en el convento”.

Desde Inglaterra sólo llegan nuevas exhortaciones de D. Pedro a la paciencia. Un rayo de esperanza empieza a relucir cuando se sabe que el Prior de Quarr, Dom Emile Bouvet, estaría dispuesto a encabezar personalmente el grupo de monjes fundadores, siempre que el superior mayor, el P. abad de Solesmes, diera su autorización; pero al poco tiempo un ataque cardíaco fulmina al generoso Padre y los chilenos quedan de nuevo desamparados de apoyo europeo. Una carta de D. Juan del 21 de mayo de 1932 enumera los seis candidatos a benedictinos que esperan en Santiago, de los cuales el último es “tu hermano Juan”.

Transcurre el resto del año 1932 y no se avanza; transcurre todo el año 1933 en silencio, esperanza, sin cartas apenas. D. Pedro en Quarr se dedica al “Ora et labora” sin preocuparse por el día de mañana.

Llega el año 1934. D. Juan decide hacer un viaje a Europa con la esperanza de contribuir con su presencia personal a la activación del proyecto. En Solesmes es recibido por el abad D. Germain Cozien, quien por primera vez se mostrará inclinado a considerar la posibilidad de hacer una fundación en Chile. En aquel mismo mes de febrero de 1934, Dom Cozien, en carta al arzobispo de Santiago, declarará que en el plazo de dos años podría enviar algunos monjes a Santiago para preparar la fundación. Esta era una victoria de D. Juan, precaria después de todo, pero para él llena de radiantes promesas. Tantos años de esperanzas, de gestiones frustradas, de proyectos, habían desembocado por fin en lo que le parecía a D. Juan *el cielo abierto*. Pronto otra entrevista, esta vez en Roma, iba a menguar su triunfante felicidad. En efecto, el 30 de mayo de 1934 D. Juan Subercaseaux era recibido en audiencia especial por el Cardenal Secretario de Estado, Eugenio Pacelli, el futuro Papa Pío XII. El mismo D. Juan comunicará el curso de esta entrevista en carta del 1° de junio a su hermano Pedro:

“Querido Pedro: Esta carta ha ido demorando en salir porque esperaba mi deseada entrevista con el Cardenal Pacelli, antes de escribirte. La audiencia la postergó varias veces, por las innumerables ocupaciones del Cardenal y finalmente se efectuó antes de ayer, 30 de mayo. Expuse con la mayor claridad que me fue posible y los mayores detalles el estado de nuestros asuntos. En un principio el Cardenal se demostró bastante favorable a la afirmativa en mi cuestión personal (ingreso a los claustros), con la única salvedad de que habría sido necesario que el Arzobispo me dijera que tenía con quien reemplazarme; pero más adelante cambió de parecer cuando le dije que, de acuerdo con el P. Prior, mi ingreso estaría subordinado a la fundación en Chile y que no me sentía preparado para abrazar establemente la vida benedictina en Quarr en caso que por un motivo u otro la fundación no se realizara. Me agregó que no veía

inconveniente para que un sacerdote joven, recién ordenado hiciera ese ensayo, pero que a mí me lo desaconsejaba.

Como comprenderás, salí algo descorazonado de la entrevista, porque creía que él me habría animado en la forma que yo había planeado. Ahora parece que no queda más que hacer sino abandonar, por el momento, toda idea y volverme al seminario. “Pastelero a tus pasteles” y esperar, seguir esperando la fundación. Fiat!”.

Con este “Fiat!” D. Juan Subercaseaux abandona para siempre sus proyectos de hacerse monje. El, que durante 18 años había luchado en las más distintas ocasiones y con los medios más diversos por el establecimiento de un monasterio solesmense en Chile y que después de un reñido autoexamen había llegado a la conclusión de rubricar con su propia entrada en religión tan acariciado proyecto, recibió aquellos consejos del futuro Pío XII como una sentencia definitiva. En el encuentro arriba descrito no se sabe qué admirar más: si la obediencia verdaderamente fulminante de D. Juan Subercaseaux o la sagacidad espiritual del cardenal Pacelli, quien en el instante mismo en que D. Juan le declaraba que su vocación estaba subordinada a la fundación en Chile y que en caso de que ésta no se realizara él no se sentiría preparado para abrazar tal género de vida de un modo estable, le retiraba el apoyo que inicialmente le había prestado y le desaconsejaba la entrada en religión. A la vocación de D. Juan le faltaba aquel distintivo abrahámico del “Sal de tu tierra, de tu casa y parentela” que había caracterizado con un sello inconfundible la vocación de D. Pedro en 1920 y la de D. Eduardo Lagos en 1930. Con ojo certero el cardenal Pacelli había reconocido los condicionamientos, ciertamente atendibles, ciertamente celosos desde un punto de vista pastoral, pero condicionamientos al fin, en la decisión de D. Juan y por ello le opuso su veto.

Sin embargo no por ello desestimó a D. Juan: su atención había sido cautivada por la personalidad de aquel rector de seminario tan noble y tan fiel a la Iglesia y pocos meses después D. Juan recibía el llamado papal a la cátedra episcopal de la ciudad de Linares. Como obispo D. Juan iría a edificar la admirable catedral de aquella ciudad, inspirada en la basílica de S. Ambrosio de Milán y dedicada también a ese santo y su primera carta pastoral explicaría a sus fieles el sentido de una catedral y de la liturgia de la dedicación. En 1939 la Santa Sede lo elevaría a la sede metropolitana de La Serena y pocos años después iría a fallecer en un trágico accidente automovilístico, que privaría al episcopado chileno de una de sus más promisorias luces. Con ocasión de la ordenación episcopal de D. Juan, D. Pedro iniciaría un segundo viaje a Chile en abril de 1935.

(continuará)

Chile